

Una novela de Ben Hecht

TOMADO DE
"LA PRENSA"

responsabilidad en toda esa cabalgata macabra de Hollywood, pero supongo que no sería leal callar, y es preferible salir del paso cuanto antes. Fui yo quien, al modificar el libreto de "Hijos del destino", introduje el nuevo personaje de Valeria, que debía ser interpretado por Caroma, e inventé la confusa situación amorosa que complicó a la muchacha con Wilde primero y luego con Jones y con Bison.

Si yo no hubiese creado a Valeria y no hubiese incluido en el libreto tres escenas en las cuales debía besar a los principales personajes masculinos de la obra, Caroma no los hubiese conocido y no se habría provocado esa ola de crímenes. No obstante, llevo sobre mi conciencia de escritor muchos pecados para preocuparme en exceso por uno solo.

En cuanto a la idea que Potnik tenía de conocer a la asesina y a su consentimiento de que sería la cuarta víctima, poco es lo que se puede decir. Potnik, está en Méjico, y la única noticia que de él he tenido es un cablegrama concebido en estos términos:

"Policía comete error sensacional. Confidencionalmente dígame que verdadera criminal sigue en libertad. No regresaré a Hollywood hasta que situación no mejore".

Mostré el cablegrama a Elvina, que si duda alguna es la candidata de Potnik para el papel de asesina fantasma.

Rió, pero no hizo más comentario que éste:

—Magnífico. Cuanto más lejos esté de ese individuo, mejor para él.

Y a propósito: una de las razones por las cuales me encuentro en estos momentos: volando rumbo a Nueva York, es la de que quiero estar ausente del estreno mundial de "Hijos del destino", que tendrá lugar en Hollywood. Está previsto que los héroes que realizarán esa obra maestra de la pantalla luchando a brazo partido con la muerte, asistirán al estreno en corporación, encabezados por J. B. Cobb. Todos llevarán en el ojal una insignia con la inscripción "Honor al Mérito".

Mientras dictaba a mi secretaria este último y repulsivo párrafo, una risita familiar resonó a mi espalda. Volví la cabeza para encontrarme con un personaje muy parecido a Orlando Higgins, con excepción de un bigote que le daba sentada una muchacha joven esconjuraba las facciones. Junto a él estaba detrás de un enorme ramo de rosas y con anteojos negros. Me levanté y me acerqué resueltamente a ellos.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—Nos casamos esta mañana —respondió Orlando en voz baja.

Betha Fancher se llevó el índice a los labios.

—Queremos evitar en lo posible toda publicidad —murmuró.

—El bigote me resulta muy incómodo

para la luna de miel —agregó Orlando. Pero la novia lo ha querido.

—Le queda muy bien —dijo Betha con acento de convicción—. Es el mismo tipo de bigote que usaba Tyrone Power en "El cisne negro".

—Supongo que lo habrán declarado mentalmente sano —dije dirigiéndome a mi amigo.

Luego tendí la mano a Betha.

—Mis felicitaciones, señora Higgins. ¿Van ustedes al Niágara?

—Nada de eso replicó Betha—. Nos quedaremos en Broadway. Voy a hacer teatro de Ibsen.

—¡Y cómo! —exclamó Orlando, radiante.

Ahora estoy de vuelta en mi asiento, y miro por la ventanilla del avión mientras termino de dictar. La noche está impregnada de luz lunar. El mundo está oculto por una frazada de nubes radiantes. Mientras contemplo el maravilloso y fantástico espectáculo, una de las nubes se desprende de sus hermanas y parece lanzarse en persecución de nuestra nave del espacio.

La veo cambiar de forma, corriendo detrás de nosotros a través del infinito. En este momento parece un duende envuelto en blanca sábana, y a mi mente acude la idea de que es el espíritu de Hollywood el que sigue la estela del avión...

FIN

Arturo Despouey, Corresponsal latino-americano de la NBC de Nueva York en el frente de guerra

QUISIMOS, así, deliberadamente poner un título imparcial y meramente informativo, en el que estuviéramos tan ausentes nosotros mismos como R. A. D., casi por ver como sonaba. "Arturo Despouey, corresponsal de guerra". Casi parecería que tuviera ya muy poco en común con aquel Despouey de las charlas de redacción, o el que en largas caminatas íntimas, iba asombrando las dormidas paredes montevidéanas, con el esbozo de "Impromptu Isabelino". Sin embargo, de lunes a viernes inclusive, nos llega su voz, desde París, desde Luxemburgo o desde el mismo frente de batalla, y todo lo de ahora, no alcanza a eclipsar la presencia de todo lo de antes. Por eso nuestras noticias sobre Despouey, aunque lo pretendan, nunca podrán ser meramente informativas, porque detrás de la nómina de todos sus triunfos en los grandes ambientes consagratorios estará siempre mostrándose la regocijada y amical satisfacción, la orgullosa satisfacción de saber que es uno de los nuestros el que está tan alto, consiguiendo tanto.

Desde Setiembre de 1942 en que partió de Montevideo, becado por el British Council para estudiar en Londres literatura y arte dramático ingleses, su carrera ha sido permanentemente ascendente. Renunció a su beca para incorporarse al Departamento Latino Americano de la B. B. C., para el cual escribió, interpretó y radió innumerables programas, inclusive ra-

dioteatrales, muchos de ellos sobre el Uruguay. En los pocos momentos libres, empezó su novela sobre Montevideo, escribió artículos para prestigiosas revistas, como "Art Notes", dió conferencias en Oxford y Cambridge sobre temas españoles. —García Lorca entre ellos,— y tradujo al inglés "La cena está servida", convertida en "Dinner with Henri", que no se pudo llevar a escena, porque las condiciones de guerra impedían las inversiones en espectáculos teatrales.

Desde el día de la invasión, fué designado corresponsal de guerra de la N.B.C. de Nueva York, en el frente occidental, y quedó asimilado al ejército norteamericano con el grado de teniente, siendo el primer comentarista latinoamericano que radió la liberación de París, quizá una de las más grandes satisfacciones de su vida.

Escribió la versión francesa de su última obra: "Nocturno", un diálogo de amor en tres actos, sobre el que se proyectan las luces de la guerra en 1939, 1942 y 1945; tres noches de guerra en Londres donde todo el curso del conflicto se refleja en dos seres: la refugiada española, a quien destruye y el aviador de la R. A. F., típicamente inglés e indeciso como hombre, a quien crea y afirma. Piensa interpretarla en el teatro Mathurins, de París, con María Casares, joven intérprete española de 21 años que ha triunfado en esa ciudad desde hace sólo seis años; una especie de Margarita Xirgu, con el mismo temperamento y con



mas fuerza aún como intérprete. Jean Cocteau se ha expresado con mucho entusiasmo sobre la obra.

De este plano es la actuación de Arturo Despouey, co-

responsal de guerra, y la satisfacción estriba en saberlo para nosotros, todavía y siempre. R. A. D.